RICARDO J. CATARINEU

La huelga de los herreros

TRADUCCION,

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA «EL LIBERAL»,

del célebre poema de Coppée

La grêve des forgerons



MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1902

Á mi querido maestro
y amigo del alma Pepe
Laserna, á quien debe
esta traducción la mitad
de su vida!

LA HUELGA DE LOS HERREROS

su apasionado

Ricardo

RICARDO J. CATARINEU

LA HUELGA DE LOS HERREROS

TRADUCCIÓN,

ESCRITA EXPRESAMENTE PARA «EL LIBERAL»,

del célebre poema de Coppée

La grêve des forgerons



MADRID

R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11

Teléfono número 551

1902

La escena representa el acto de un juicio oral ante un tribunal francés.

Los actores que no quieran dar al monólogo este aparato escénico, pueden recitarlo, como Novelli, á telón corrido.

Los fragmentos comprendidos entre asteriscos los suprime el Sr. Morano en la representación.

Esta traducción la estrenó el 6 de marzo de 1902 en el teatro de la Comedia el joven é ilustre actor D. Francisco Morano.



La huelga de los herreros

—Jueces, la narración ha de ser breve.
La huelga los herreros declararon.
Fué el invierno muy crudo, y les cansaron
los rigores del hambre y de la nieve.
El sábado, al pagarnos la semana,
me cogieron del brazo y me llevaron
á la taberna, del taller cercana.
Y uno de los más viejos, un buen hombre
(ya me he negado á declarar su nombre):
—Juan—me dijo,—esta carga se hace inmensa.
¡Bastante hemos sufrido los de abajo!
O nos dan más jornal, ó no hay trabajo;
nos explotan, y es la única defensa.
Te escogemos, por ser el más antiguo,
para decir al amo cortesmente
que ha de aumentar nuestro salario exiguo
ó ha de vivir en fiesta permanente.
¿Demostrarás que acierta quien te elige
intérprete de quejas tan fundadas?
—Haré cuanto á mis buenos camaradas
les pueda ser de utilidad—les dije.
Yo, que por todos dominar me dejo,
no protesté, no vacilé un segundo.
Soy, señor Presidente, un pobre viejo,
amigo de servir á todo el mundo.
Sin que ofender á nadie imaginara,
fuí á ver al amo, le encontré á la mesa,
oyó mi nombre sin mostrar sorpresa,
me hizo pasar y me ordenó que hablara.

La situación le expuse sin reparos;
nuestra miseria, nunca interrumpida;
subiendo el pan, los alquileres caros...
«¡Ya no podemos más! ¡Esto no es vida!»
Le hablé de sus ganancias colosales,
exhortándole á ser más compasivo;
le demostré con números cabales
que el negocio sería lucrativo
aun después de aumentar nuestros jornales.
Y él avellanas sin cesar partía...
Yo echaba mi discurso, y él comía.
Al fin me dijo:—Eres un hombre honrado.
Para tí hay siempre un puesto en la herrería;
díselo á los que á mí te han enviado.
Mas di también que su exigencia es vana.
No sois cabeza del motín los buenos;
se quejan más los que trabajan menos...
Yo, con cerrar la fábrica mañana,
me quito al fin de estos cuidados graves.
Es la última palabra; ya lo sabes.
Respondí:—Bien, señor ..—Salí sombrío
sin una imprecación, ni una protesta,
á dar, con hondo sentimiento mío,
á los amigos la fatal respuesta...
*Hallé la confusión, hallé el tumulto.
*Se hablaba de política; se hablaba
*mezclando la opinión con el insulto.
*Era un dolor alborotado y loco...
*No volver al trabajo se juraba.
*¡Y yo juré no trabajar tampoco!
*¡Qué horror aquella noche! Los que echaron
*sobre la mesa la última moneda,
*delante de los suyos, ¿hay quien pueda
*imaginar la noche que pasaron?...
*¡Qué gesto el suyo de dolor sincero!
*Sus casas eran ya tristes asilos. .
*¡Acaso largo tiempo sin dinero!...
¡No, no debieron de dormir tranquilos!
¡Para mí fué un buen golpe, os lo aseguro!
Soy viejo y no estoy solo. Entré en mi casa,
¡y entonces sí que se agrandó el apuro!
A mis nietos sentando en mis rodillas
(mi hija murió de un parto, y su marido,
que antes fué un buen muchacho, es un perdido),

mis lágrimas bañaron sus mejillas,
y, arrugada mi frente cual flor mustia,
contemplé aquellas bocas tan risueñas.
¡Ay, pobrecitas bocas, tan pequeñas,
que iban del hambre á conocer la angustia!
Extraño ardor el rostro me quemaba,
y entonces ya, vencido y humillado,
¡cuánto me avergoncé de haber jurado
no trabajar!... ¡Pero jurado estaba!
Si el juramento de cumplir es duro,
más gloria para el ánimo sereno.
¡Y no es más importante, á buen seguro,
el dolor mío que el dolor ajeno!...
Mi mujer, ¡pobre vieja!, entró enseguida
con un bulto de ropa humedecida.
Venía del trabajo... Lavandera...
Le conté la verdad: le abrí mi herida...
¡Gran corazón! ¡Ni se enfadó siquiera!
Quedóse inmóvil y mirando al techo,
hasta que dijo al fin:
—¡Lo hecho, está hecho!
Te ayudaré; sé hacer economías.
¡Hay pan lo menos para quince días!—
*Yo respondí—¡Se arreglará!... ¡Quién sabe!...—
*¡Pero mentía! ¿Qué esperanza cabe
*si ligan al dolor los juramentos?
*Además, para colmo de rigores,
*¿no habían de saber los descontentos,
*para agravar la huelga por momentos,
espiar y castigar á los traidores?
Y la miseria vino... ¡Oh jueces, jueces!
¿Exigiréis de mí que yo os convenza,
que, aun en el colmo del dolor, mil veces
sintiéndome incapaz de soportarlo,
no sería un ladrón? ¡No! ¡De vergüenza
me moriría sólo de pensarlo!
Aunque al desesperado, al miserable
que doquiera su mal se representa,
no cupiera pedirle estrecha cuenta
cuando comete alguna acción culpable;
aun así, del invierno en los rigores,
viendo yo á mi mujer, viendo á mis nietos
sumidos en la angustia, en los dolores,
con lividez de tristes esqueletos,

de frío temblorosos y de espanto,
ante sus quejas y su eterno llanto,
¡por ese grupo tétrico y sombrío,
carne petrificada por el frío!,
—¡por este crucifijo, yo os lo juro!—
¡ni en los momentos de mayor apuro,
jamás, jamás se presentó en mi mente
la acción furtiva, el pensamiento insano
de aguardar en las calles impaciente,
de ir al acecho, de alargar la mano!
Y si ahora mismo desfallezco y lloro,
si esta humildad mi orgullo contradice,
¡no es por mí! ¡es que recuerdo á los que adoro,
por quienes hice el bien ó el mal que hice!
Y sucedió lo que ocurrir debía;
llegaba la miseria de tal modo,
que el pan duro era el pan de cada día.
Comimos mal, y lo empeñamos todo.
¡Era inaudito lo que yo sufría!
Para los pobres, que la vida entera
debemos dedicar á nuestro oficio,
la casa es una jaula verdadera,
y quedarnos en ella es un suplicio.
Cuando aprendí después, por experiencia,
á vivir en la cárcel prisionero,
os juro que no hallé gran diferencia.
Me aburrí mucho en casa; soy sincero.
¿Descansando, sufrir? ¡Quién lo creería!
¡Con los brazos cruzados todo el día,
el paso torpe, errante la mirada!...
¡Hay tormento más grande todavía
que el mucho trabajar, el no hacer nada!
¡Maldita ociosidad, triste sosiego!
¡Ve uno que amaba su taller, y que era
su fe, su casa, su existencia entera,
la atmósfera del óxido y del fuego!...
¡Todo se fué! ¡Ni un céntimo quedaba!
Yo andaba triste por la calle, andaba
siempre sin rumbo entre el humano enjambre,
entre el rumor que la ciudad ofrece,
rumor que os emborracha y adormece
como el alcohol, que hace olvidar el hambre.
Una tarde de otoño, gris y helada,
cuando en mi casa entré, vi acurrucada

á mi mujer en un rincón sombrío,
á los dos pequeñuelos abrazada
y temblando los tres de hambre y de frío.
Viendo en silencio la angustiosa escena
—¡Soy su asesino!—murmuré con pena.
Y me dijo la anciana:—¡Viejo mío!
¡Qué triste porvenir nos amenaza!
El último jergón, que hoy he llevado,
el Monte de Piedad nos lo rechaza.
¿Cómo hallarás trabajo? ¡Esto me aflige!
¿Dónde ir por pan?
—¿Dónde?... ¡Allá voy!—le dije.
Sentí nuevo valor y fuerza nueva,
y salí de mi casa esperanzado
con intentar al fin la última prueba
de volver al trabajo abandonado.
Y corrí á la taberna, donde estaban
los que la huelga á su placer guiaban.
¡Qué cuadro aquellos hombres ofrecían!
Me creí, al verles, víctima de un sueño.
¡Todo era alegre allí, todo risueño!...
¿Que moríamos de hambre? ¡Ellos bebían!
¡Aquello era un escándalo, un delirio!
Si hay quien les diera, con el mal consejo,
los medios de alargar nuestro martirio,
¡caiga sobre él la maldición de un viejo!
Hasta el grupo llegué. Cuando observaron
mi frente baja y mis turbados ojos,
de ira encendidos y de llanto rojos,
sin duda mi proyecto adivinaron.
Yo, sin fijarme en su frialdad severa,
me acerqué y les hablé de esta manera:
—Oid, amigos míos. Yo he pasado
de los sesenta, y tengo á mi cuidado
á mis nietos y á aquella pobrecilla
que por mi amor envejeció á mi lado.
¡Todo lo hemos vendido ó empeñado!
¡No hay ni un cacho de pan en la guardilla!
Con irme al hospital, yo me arreglaba,
sin estimar mi suerte dolorosa.
Mas si á mí con morirme me bastaba...
¡mis nietos, mi mujer!... ¡ya es otra cosa!
*Voy á pedir trabajo; pero quiero
*que me lo permitáis, pues os he dado

*mi juramento de seguir parado,
*y yo, ante todo, soy buen compañero.
*Vengo á pedir vuestra licencia, hermanos.
*Desde que era muy joven soy herrero,
*y ostento como título altanero
*blanco el cabello ya, negras las manos...
*Intenté mendigar, mas no he sabido;
*mi edad acaso mi disculpa ha sido.
*Del bien de los demás yo no me quejo,
*tal vez merezco mi contraria suerte;
*pero es injusto que se humille el viejo
al socorro del joven, porque es fuerte.
¡Os pido que, movidos de mis penas,
me consintáis volver á mis faenas!
Nadie al principio contestarme supo,
hasta que, dando un paso, uno del grupo
—¡Cobarde!—dijo, sin mirarme apenas.
Tuve frío; la sangre me cegaba,
y miré al que la injuria me lanzaba.
Era alto, joven, blanco, afeminado.
Sus ojos se burlaban de mi estado,
y todo el grupo, menos él, callaba.
Sentí en el corazón recios vaivenes,
entre ambas manos me oprimí las sienes,
y exclamé:
—¡Mi mujer, mis pequeñuelos
morirán! ¡Pero juro por los cielos
que tú, que me has lanzado tal afrenta,
vas al instante de ella á darme cuenta!
Nos batiremos cual los hombres finos.
¿Hora? ¡Ahora mismo! ¿Cuál mejor sería?...
¿Arma? ¡El martillo! La elección es mía.
Vosotros, compañeros, sois padrinos...
Dos martillos traed. ¡Aprisa! ¡Aprisa! ..
¡Y tú, que has insultado á un pobre anciano,
quítate ya la blusa y la camisa
y aprieta bien el arma con la mano!—
Avancé como un loco; abrí camino
entre el grupo de obreros; temerario
en los brazos me eché de mi destino...
y dí el arma mejor al adversario.
El se reía aún de la aventura.
Aun estoy viendo, como en un espejo,
reflejada su estúpida figura,
diciéndome:—¡No juegues, pobre viejo!—

Yo contesté con atrevido embate,
moviendo, al avanzar, de arriba abajo
mi querida herramienta de trabajo,
ya convertida en arma de combate.
¡Jamás ni el perro, al látigo rendido,
mostró expresión de súplica rastrera
como en aquel momento aquel bandido,
retrocediendo ante mi audacia fiera!
¡Inútil ruego! ¡Aquello fué instantáneo!
Sangrienta nube con sus tonos rojos
separaba á aquel hombre de mis ojos.
¡De un golpe nada más le partí el cráneo!
Soy asesino; todo me condena.
Sí; fué un asesinato, no fué un duelo.
Merezco la prisión y la cadena...
¡Aun le veo á mis pies, allí, en el suelo!
No hubo gemidos de dolor ni voces.
La cabeza en las manos me escondía,
y todos los inmensos, los feroces
remordimientos de Caín sentía.
Al fin mis compañeros se acercaron,
y, queriendo cogerme, me tocaron.
Les detuve diciendo de esta suerte:
—¡Dejadme á mí! ¡Yo me condeno á muerte!—
Al comprenderme, se quedaron quietos.
Yo, alargando la gorra con la mano,
de uno en uno pedí:—¡Para mis nietos
y mi mujer! ¡Una limosna, hermano!
Se reunieron diez francos, y con eso
ellos tuvieron pan, yo me dí preso.
Y aquí tenéis, ¡oh jueces!, relatados
los sucesos del modo más preciso,
por lo cual puede hacerse caso omiso
de lo que van á hablar los abogados.
Fueron al hospital mis nietezuelos.
Mi vieja compañera está en los cielos.
Y á mí, ¿qué me daréis? ¡Poco me importa!
¿Cárcel? ¿Cadena? ¡Bah! ¡La vida es corta!
¿Qué, me absolvéis? ¡No endulza mis rigores!
¿Que á la horca me enviáis? ¡Gracias, señores!

TELÓN

Obras de Ricardo J. Catarineu

POESÍA

Versos (agotada.)
Flechazos (íd.)
Tres noches, poema (íd.)
Giraldillas, con prólogo de *Clarín*
Los forzados, con un dibujo de Vicente Cutanda.

TEATRO

Los fiambres, juguete cómico en un acto y en prosa Teatro Lara, Madrid. (En colaboración)

La romería, zarzuela. Teatro Campoamor, Oviedo. (En colaboración.)

La huelga de los herreros, traducción de Coppée. Teatro de la Comedia, Madrid.

EN PREPARACIÓN

Diccionario teatral, por *Caramanchel.*

Romeo y Julieta, traducción del drama de Shakespeare. (En colaboración.)


3 0112 115877406